

EL ORDEN PARA ADMINISTRAR LA CENA DEL SEÑOR

- ¶ Los que quieran comulgar dan su nombre al Ministro, a más tardar el día anterior.
- ¶ Si el Ministro sabe que alguno de ellos ofende a la congregación porque vive en pecado público y notorio o hizo daño a su prójimo de palabra u obra, lo llama. Le advierte que de ningún modo se acerque a la mesa del Señor hasta cumplir dos cosas. Primero, declarar abiertamente que se ha arrepentido de verdad y ha enmendado su mala vida, para que la congregación ofendida quede satisfecha. Segundo, reparar el daño que hizo o, al menos, declarar que está resuelto a hacerlo lo antes que pueda.
- ¶ El Ministro hace lo mismo con aquellos entre quienes ve que reinan el odio y el rencor. No los deja participar de la mesa del Señor hasta saber que se han reconciliado. A veces una de las partes está dispuesta a perdonar de corazón todas las ofensas de la otra y a reparar el mal que ella misma hizo. Pero la otra no quiere reconciliarse como corresponde a un cristiano, sino que sigue en su terquedad y su rencor. En ese caso, el Ministro debe admitir a la santa comunión al que se arrepiente, y no al obstinado. Todo Ministro que rechaza así a alguien, según este párrafo o el anterior, debe dar cuenta de ello al Ordinario dentro de los catorce días siguientes. Y el Ordinario procede contra el que ha ofendido, según los cánones.
- ¶ Durante el oficio de la comunión, la mesa está cubierta con un mantel de lino blanco y limpio. Está en el lugar donde se dicen la Oración Matutina y la Vespertina: en la nave de la iglesia o en el presbiterio. El Presbítero, de pie al lado norte de la mesa, dice el Padrenuestro y la Colecta que sigue, con la congregación de rodillas.

Padre nuestro que estás en los cielos,
Santificado sea Tu nombre.
Venga Tu reino.
Hágase Tu voluntad,
Así en la tierra como en el cielo.
Danos hoy el pan nuestro de cada día.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros
hemos perdonado a nuestros deudores.

Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del mal.
Amén.

La Colecta.

Dios todopoderoso, ante quien todos los corazones están abiertos y todos los deseos son conocidos, y a quien ningún secreto se le oculta: purifica los pensamientos de nuestro corazón por la inspiración de Tu Espíritu Santo, para que te amemos perfectamente y glorifiquemos Tu santo nombre como es debido; por Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

¶ El Presbítero, vuelto hacia la congregación, recita todos los Diez Mandamientos. Después de cada uno, la congregación, que sigue de rodillas, pide a Dios misericordia por haberlo quebrantado y gracia para guardarlo en adelante:

Ministro: Entonces Dios habló todas estas palabras diciendo: «Yo soy el SEÑOR tu Dios. No tendrás otros dioses delante de Mí.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: No te harás ningún ídolo, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No los adorarás ni los servirás. Porque Yo, el SEÑOR tu Dios, soy Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y muestro misericordia a millares, a los que me aman y guardan Mis mandamientos.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: No tomarás el nombre del SEÑOR tu Dios en vano, porque el SEÑOR no tendrá por inocente al que tome Su nombre en vano.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es día de reposo para el SEÑOR tu Dios. No harás *en él* trabajo

alguno, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el extranjero que está contigo. Porque en seis días hizo el SEÑOR los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y reposó en el séptimo día. Por tanto, el SEÑOR bendijo el día de reposo y lo santificó.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean prolongados en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: No matarás.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: No cometerás adulterio.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: No hurtarás.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: No darás falso testimonio contra tu prójimo.

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros e inclina nuestros corazones a guardar esta ley.

Ministro: No codiciarás la casa de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo».

Respuesta: Señor, ten misericordia de nosotros y te pedimos que escribas en nuestros corazones todas estas leyes Tuyas.

✠ Sigue una de estas dos Colectas por todos los que tienen autoridad civil. El Presbítero, de pie como antes, dice:

Oremos.

Dios todopoderoso, cuyo reino es eterno y cuyo poder es infinito: ten misericordia de toda la Iglesia. Gobierna los corazones de todos los que tienen autoridad, de modo que, sabiendo de quién son servidores, busquen sobre todo Tu honra y Tu gloria. Y que nosotros y todo el pueblo, sabiendo bien de quién viene la autoridad, los sirvamos fielmente, los

honremos y los obedezcamos con humildad, en Ti y por amor a Ti, según Tu bendita palabra y Tu mandato; por Jesucristo nuestro Señor, que contigo y con el Espíritu Santo vive y reina, un solo Dios, por los siglos de los siglos. *Amén.*

¶ O

Dios todopoderoso y eterno, Tu santa palabra nos enseña que los corazones de los gobernantes están bajo Tu poder y Tu gobierno, y que Tú, en Tu sabiduría divina, los diriges e inclinas como mejor te parece. Te pedimos con humildad que dirijas y gobiernes los corazones de todos los que ejercen autoridad. Que en todos sus pensamientos, palabras y obras busquen siempre Tu honra y gloria, y procuren conservar a Tu pueblo, que has puesto a su cuidado, en prosperidad, paz y piedad. Concédenos esto, Padre misericordioso, por amor de Tu Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo. *Amén.*

¶ Se dice la Colecta del día. Enseguida el Presbítero anuncia la Epístola así: «La Epístola [o la porción de la Escritura señalada como Epístola] está en el capítulo — de —, a partir del versículo —». Luego la lee y, al terminar, dice: «Aquí termina la Epístola». Después, con toda la congregación de pie, anuncia el Evangelio así: «El santo Evangelio está en el capítulo — de —, a partir del versículo —». Luego lo lee. Al terminar el Evangelio, se canta o se dice el Credo que sigue, con la congregación de pie como antes.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles e invisibles;

Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado, no hecho, de una misma sustancia con el Padre, por quien todas las cosas fueron hechas;

Quien por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo, y fue encarnado por el Espíritu Santo de la Virgen María, y fue hecho hombre; y también por nosotros fue crucificado bajo Poncio Pilato; padeció y fue sepultado; resucitó al tercer día según las Escrituras; ascendió a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre; y vendrá otra vez con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, y su reino no tendrá fin.

Y creo en el Espíritu Santo, Señor y Dador de vida, que procede del Padre y del Hijo; quien con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado; quien habló por los profetas.

Y creo en una sola Iglesia católica y apostólica. Reconozco un solo bautismo para el perdón de los pecados; y espero la resurrección de los muertos, y la vida del mundo venidero. Amén.

- ¶ El Ministro anuncia a la congregación los días de fiesta o de ayuno que hay que guardar la semana siguiente. Si hay ocasión, se avisa también de la comunión, se publican las proclamas de matrimonio y se leen las cartas que piden donativos, las citaciones y las excomuniones. Durante el oficio divino, nada se anuncia ni se publica en la iglesia si no lo hace el Ministro. Y el Ministro no anuncia nada que no manden las reglas de este libro o el Ordinario del lugar.
- ¶ Sigue el sermón o una de las homilías que la autoridad haya publicado o publique.
- ¶ El Presbítero vuelve a la mesa del Señor y comienza el ofertorio con uno o más de estos versículos, los que le parezcan más convenientes.

Así brille la luz de ustedes delante de los hombres, para que vean sus buenas acciones y glorifiquen a su Padre que está en los cielos. *S. Mateo 5:16*

No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre destruyen, y donde ladrones penetran y roban; sino acumulen tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre destruyen, y donde ladrones no penetran ni roban. *S. Mateo 6:19-20*

Por eso, todo cuanto quieran que los hombres les hagan, así también hagan ustedes con ellos, porque esta es la ley y los profetas. *S. Mateo 7:12*

No todo el que me dice: “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos. *S. Mateo 7:21*

Pero Zaqueo, puesto en pie, dijo a Jesús: «Señor, la mitad de mis bienes daré a los pobres, y si en algo he defraudado a alguien, *se lo* restituiré cuadruplicado». *S. Lucas 19:8*

¿Quién ha servido alguna vez como soldado a sus propias expensas? ¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿O quién cuida un rebaño y no bebe de la leche del rebaño?

1 Corintios 9:7

Si en ustedes sembramos lo espiritual, ¿será demasiado que de ustedes cosechemos lo material? *1 Corintios 9:11*

¿No saben que los que desempeñan los servicios sagrados comen la *comida* del templo, y los que regularmente sirven al altar, del altar reciben su parte? Así también ordenó el Señor que los que proclaman el evangelio, vivan del evangelio.

1 Corintios 9:13-14

El que siembra escasamente, escasamente también segará; y el que siembra abundantemente, abundantemente también segará. Que cada uno *dé* como propuso en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría. *2 Corintios 9:6-7*

Y al que se le enseña la palabra, que comparta toda cosa buena con el que le enseña. No se dejen engañar, de Dios nadie se burla; pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará. *Gálatas 6:6-7*

Así que entonces, hagamos bien a todos según tengamos oportunidad, y especialmente a los de la familia de la fe.

Gálatas 6:10

Pero la piedad, *en efecto*, es un medio de gran ganancia cuando *va* acompañada de contentamiento. Porque nada hemos traído al mundo, así que nada podemos sacar de él.

1 Timoteo 6:6-7

A los ricos en este mundo, enséñales que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, generosos y prontos a compartir, acumulando para sí el tesoro de un buen fundamento para el futuro, para que puedan echar mano de lo que en verdad es vida. *1 Timoteo 6:17-19*

Porque Dios no es injusto como para olvidarse de la obra de ustedes y del amor que han mostrado hacia Su nombre, habiendo servido, y sirviendo *aún*, a los santos. *Hebreos 6:10*

Y no se olviden ustedes de hacer el bien y de la ayuda mutua, porque de tales sacrificios se agrada Dios. *Hebreos 13:16*

Pero el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano en necesidad y cierra su corazón contra él, ¿cómo puede morar el amor de Dios en él? *1 S. Juan 3:17*

Haz limosna con tus bienes; y al hacerlo, que tu ojo no tenga rencilla. No vuelvas la cara ante ningún pobre y Dios no apartará de ti su cara. *Tobías 4:7*

Regula tu limosna según la abundancia de tus bienes. Si tienes poco, da conforme a ese poco, pero nunca temas dar limosna, porque así te atesoras una buena reserva para el día de la necesidad. *Tobías 4:8-9*

El que se apiada del pobre presta al SEÑOR,

Y Él lo recompensará por su buena obra. *Proverbios 19:17*

Bienaventurado el que piensa en el pobre;

En el día del mal el SEÑOR lo librará. *Salmos 41:1*

- ¶ Mientras se leen los versículos, se recogen las limosnas para los pobres y las demás ofrendas de la congregación. Las recogen los Diáconos, los Guardianes de la Iglesia u otra persona apta, designada para ello, en un plato adecuado que provee la parroquia. Después lo llevan con reverencia al Presbítero. Él lo presenta con humildad y lo pone sobre la santa mesa.
- ¶ Si no hay limosnas ni ofrendas, en la oración que sigue se omiten las palabras marcadas con †.
- ¶ Si hay comunión, el Presbítero pone entonces sobre la mesa el pan y el vino que considere suficientes. Después dice:

Oremos por toda la Iglesia de Cristo militante aquí en la tierra.

Dios todopoderoso y eterno, que por Tu santo apóstol nos has enseñado a hacer oraciones y súplicas, y a dar gracias, por todos los hombres: te pedimos con humildad que, en Tu gran misericordia, († aceptes nuestras limosnas y ofrendas, y) recibas las oraciones que ofrecemos a Tu divina majestad. Inspira siempre a la Iglesia universal con el espíritu de verdad, unidad y armonía. Y concede que todos los que confiesan Tu santo nombre estén de acuerdo en la verdad de Tu santa palabra, y vivan en unidad y en el amor que te agrada.

Te pedimos también que salves y defiendas a todos los gobernantes cristianos, para que bajo ellos seamos goberna-

dos con piedad y en paz. Y concede a los legisladores y a todos los que ejercen autoridad que administren justicia con verdad e imparcialidad, para castigar la maldad y el vicio, y para sostener Tu verdadera religión y la virtud.

Padre celestial, da gracia a todos los obispos y ministros, para que con su vida y su doctrina anuncien Tu palabra verdadera y viva, y administren Tus santos sacramentos con rectitud y orden. Da Tu gracia celestial a todo Tu pueblo, y en especial a esta congregación aquí presente. Que con corazón humilde y la debida reverencia escuchen y reciban Tu santa palabra, y te sirvan de verdad en santidad y justicia todos los días de su vida.

Y por Tu bondad, Señor, te pedimos con toda humildad que consules y ayudes a todos los que en esta vida pasajera sufren tribulación, tristeza, necesidad, enfermedad o cualquier otra adversidad. También bendecimos Tu santo nombre por todos los de Tu pueblo que han partido de esta vida creyendo en Ti y temiéndote. Danos gracia para seguir su buen ejemplo, de modo que con ellos seamos partícipes de Tu reino celestial.

Concede esto, Padre, por amor de Jesucristo, nuestro único mediador y abogado. *Amén.*

✦ Cuando el Ministro avisa de la celebración de la santa comunión, lee esta exhortación al terminar el sermón o la homilía. El aviso lo da siempre el domingo o el día de fiesta inmediatamente anterior.

Queridos hermanos: el próximo — me propongo, con la ayuda de Dios, administrar el sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo, sacramento que tanto consuela, a todos los que estén preparados con piedad y devoción. Lo recibirán en memoria de Su cruz y de Su pasión: solo por sus méritos obtenemos el perdón de nuestros pecados y tenemos parte en el reino de los cielos.

Por eso es nuestro deber dar gracias, con toda humildad y de todo corazón, a Dios todopoderoso, nuestro Padre celestial. Él nos dio a Su Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, no solo para que muriera por nosotros, sino también para que fuera nuestro alimento y sustento espiritual en ese santo sacramento. Es algo divino y de gran consuelo para los que lo

reciben dignamente, y muy peligroso para los que se atreven a recibirlo indignamente. Así que mi deber es exhortarlos, mientras tanto, a considerar la dignidad de ese santo misterio y el gran peligro de recibirlo de manera indigna. Examinen, pues, a fondo su propia conciencia. Y no lo hagan a la ligera, como los que fingen ante Dios. Háganlo de modo que puedan venir santos y limpios a un banquete tan celestial, con el vestido de bodas que Dios pide en la Sagrada Escritura. Así podrán ser recibidos como dignos participantes de esa santa mesa.

La manera de hacerlo es esta. Primero, examinen su vida y su conducta según la regla de los mandamientos de Dios. Y en todo aquello en que vean que han pecado, sea de voluntad, de palabra o de obra, lamenten su propio pecado y confiésense a Dios todopoderoso, con pleno propósito de enmendar su vida. Y si ven que sus ofensas no son solo contra Dios, sino también contra sus prójimos, entonces reconcíliense con ellos. Estén dispuestos a restituir y a reparar, en todo lo que puedan, los daños y ofensas que hayan hecho a otros. Y estén también dispuestos a perdonar a los que los hayan ofendido, como quieren que Dios les perdone a ustedes sus ofensas. Porque, de otro modo, recibir la santa comunión no hace más que aumentar su condenación.

Por eso, si alguno de ustedes blasfema contra Dios, pone obstáculos a Su palabra o la calumnia, es adúltero, o vive en rencor, en envidia o en cualquier otro pecado grave, que se arrepienta de sus pecados o que no se acerque a esa santa mesa. No sea que, después de tomar ese santo sacramento, el diablo entre en esa persona, como entró en Judas, la llene de toda maldad y la lleve a la destrucción del cuerpo y del alma.

Es necesario que nadie se acerque a la santa comunión sino con plena confianza en la misericordia de Dios y con la conciencia tranquila. Así que, si alguno de ustedes no logra tranquilizar así su conciencia y necesita más consuelo o consejo, venga a mí o a otro Ministro de la palabra de Dios que sea prudente e instruido, y le cuente lo que le aflige. Así, por el ministerio de la santa palabra de Dios, podrá recibir el beneficio de la absolución, junto con consejo y orientación

espiritual, para tranquilizar su conciencia y quitar todo escrúpulo y toda duda.

¶ Si el Ministro ve que la congregación es negligente en acercarse a la santa comunión, usa esta exhortación en lugar de la anterior:

Queridos hermanos: el próximo —— pienso, por la gracia de Dios, celebrar la Cena del Señor. A ella los invito, de parte de Dios, a todos los que están aquí presentes. Y les pido, por amor del Señor Jesucristo, que no se nieguen a venir, ya que Dios mismo los llama y los invita con tanto amor. Ustedes saben qué doloroso y qué desconsiderado es que alguien prepare un gran banquete y adorne su mesa con toda clase de comida, de modo que solo falte que se sienten los invitados, y que aun así los llamados, sin motivo alguno, se nieguen con gran ingratitud a venir. ¿Quién de ustedes no se sentiría ofendido en un caso así? ¿Quién no pensaría que le han hecho una gran injusticia?

Por eso, queridos hermanos en Cristo, tengan mucho cuidado: no sea que, apartándose de esta santa cena, provoquen la indignación de Dios contra ustedes. A cualquiera le es fácil decir: «No voy a comulgar, porque me lo impiden los asuntos del mundo». Pero esas excusas no se aceptan tan fácilmente ante Dios. Si alguno de ustedes dice: «Soy un gran pecador, y por eso tengo miedo de acercarme», ¿por qué, entonces, no se arrepienten y cambian de vida? Cuando Dios los llama, ¿no les da vergüenza decir que no quieren venir? Cuando deberían volver a Dios, ¿se van a excusar diciendo que no están preparados? Piensen en serio qué poco valdrán ante Dios esas excusas fingidas. Los que rechazaron el banquete en el Evangelio porque habían comprado un campo, o querían probar sus yuntas de bueyes, o porque se habían casado, no quedaron excusados. Al contrario, fueron considerados indignos del banquete celestial.

Por mi parte, yo estaré listo. Y, como corresponde a mi ministerio, los invito en el nombre de Dios, los llamo de parte de Cristo y los exhorto, si aman su propia salvación, a que participen de esta santa comunión. Así como el Hijo de Dios quiso dar Su vida, muriendo en la cruz, por la salvación de ustedes, así también deben recibir la comunión en memoria

del sacrificio de Su muerte, como Él mismo lo ha mandado. Si dejan de hacerlo, piensen qué gran ofensa hacen a Dios y qué duro castigo les espera por ello. Y esa ofensa la hacen cuando se apartan a sabiendas de la mesa del Señor y se separan de sus hermanos, que vienen al banquete a recibir ese alimento celestial.

Si consideran en serio estas cosas, por la gracia de Dios cambiarán de actitud. Y para que así sea, no dejaremos de presentar nuestras humildes peticiones a Dios todopoderoso, nuestro Padre celestial.

✦ **Al celebrar la comunión, cuando los que van a comulgar están bien colocados para recibir el santo sacramento, el Presbítero dice esta exhortación:**

Queridos hermanos en el Señor: ustedes se disponen a venir a la santa comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo nuestro Salvador. Consideren, pues, cómo San Pablo exhorta a todos a examinarse a sí mismos con cuidado antes de atreverse a comer de ese pan y beber de esa copa. El beneficio es grande si recibimos este santo sacramento con un corazón de verdad arrepentido y con fe viva. Porque entonces comemos espiritualmente la carne de Cristo y bebemos Su Sangre; entonces habitamos en Cristo, y Cristo en nosotros; somos uno con Cristo, y Cristo con nosotros. Pero también es grande el peligro si lo recibimos indignamente. Porque entonces somos culpables del Cuerpo y la Sangre de Cristo nuestro Salvador; comemos y bebemos nuestra propia condenación, al no discernir el Cuerpo del Señor; encendemos contra nosotros la ira de Dios y lo provocamos a que nos castigue con diversas enfermedades y distintas clases de muerte. Por eso, hermanos, júzguense a sí mismos, para no ser juzgados por el Señor. Arrepiéntanse de verdad de sus pecados pasados. Tengan una fe viva y firme en Cristo nuestro Salvador. Enmienden su vida y vivan en perfecto amor con todos. Así serán partícipes dignos de estos santos misterios.

Y, sobre todo, deben dar gracias con toda humildad y de todo corazón a Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: por la redención del mundo mediante la muerte y pasión de Cristo nuestro Salvador, Dios y hombre. Él se humilló hasta

la muerte en la cruz por nosotros, pobres pecadores, que estábamos en tinieblas y en sombra de muerte, para hacernos hijos de Dios y elevarnos a la vida eterna. Él instituyó santos misterios como garantía de Su amor y como memoria continua de Su muerte, para nuestro gran consuelo, que no tiene fin. Lo hizo para que recordemos siempre el inmenso amor de Jesucristo, nuestro Maestro y único Salvador, que así murió por nosotros, y los innumerables beneficios que nos ganó al derramar Su preciosa Sangre.

A Él, pues, con el Padre y el Espíritu Santo, demos siempre gracias, como es nuestro deber. Sometámonos por completo a Su santa voluntad, y procuremos servirlo en verdadera santidad y justicia todos los días de nuestra vida. *Amén.*

✠ **El Presbítero dice a los que van a recibir la santa comunión:**

Ustedes, los que se arrepienten de verdad y de corazón de sus pecados, viven en amor y en paz con su prójimo y se proponen llevar una vida nueva, siguiendo los mandamientos de Dios y andando desde ahora en Sus santos caminos: acérquense con fe y reciban este santo sacramento para su consuelo. Y, de rodillas, hagan con humildad su confesión a Dios todopoderoso.

✠ **Uno de los Ministros hace esta confesión general en nombre de todos los que quieren recibir la santa comunión. Él y toda la congregación, de rodillas con humildad, dicen:**

Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, creador de todas las cosas, juez de todos los hombres: reconocemos y lamentamos nuestros muchos pecados y maldades, que una y otra vez hemos cometido gravemente, de pensamiento, palabra y obra, contra Tu divina majestad, y con toda justicia hemos provocado Tu ira contra nosotros. Nos arrepentimos sinceramente, y nos duelen de todo corazón estas faltas nuestras. Su recuerdo nos pesa; su carga es insostenible. Ten misericordia de nosotros; ten misericordia de nosotros, Padre de misericordia. Por amor de Tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, perdona todo lo pasado, y concede que de aquí en adelante te sirvamos y agradecemos siempre con una vida nueva, para honra y gloria de Tu nombre; por Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

✠ El Presbítero (o el Obispo, si está presente) se pone de pie y, vuelto hacia la congregación, pronuncia esta absolución:

Dios todopoderoso, nuestro Padre celestial, que por Su gran misericordia ha prometido el perdón de los pecados a todos los que con arrepentimiento sincero y fe verdadera se vuelven a Él, tenga misericordia de ustedes; los perdone y los libre de todos sus pecados; los confirme y fortalezca en todo bien; y los lleve a la vida eterna; por Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

✠ El Presbítero dice:

Escuchen qué palabras de consuelo dice Cristo, nuestro Salvador, a todos los que se vuelven a Él de verdad:

Vengan a Mí, todos los que están cansados y cargados, y Yo los haré descansar. *S. Mateo 11:28*

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, sino que tenga vida eterna. *S. Juan 3:16*

Escuchen también lo que dice San Pablo:

Palabra fiel y digna de ser aceptada por todos: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. *1 Timoteo 1:15*

Escuchen también lo que dice San Juan:

Y si alguien peca, tenemos Abogado para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Él mismo es la propiciación por nuestros pecados. *1 S. Juan 2:1-2*

✠ El Presbítero continúa:

Levanten sus corazones.

Respuesta: Los levantamos al Señor.

Presbítero: Demos gracias al Señor nuestro Dios.

Respuesta: Es digno y justo hacerlo.

✠ El Presbítero, vuelto hacia la mesa del Señor, dice:

En verdad es digno y justo, y es nuestro deber, darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, Señor, Padre santo⁵, Dios todopoderoso y eterno.

⁵Las palabras «Padre santo» se omiten el Domingo de la Trinidad.

- ✠ Aquí sigue el Prefacio propio del tiempo, si hay alguno señalado. Si no, sigue enseguida:

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, y con toda la multitud del cielo, celebramos y engrandecemos Tu glorioso nombre, alabándote siempre y diciendo: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos; el cielo y la tierra están llenos de Tu gloria. Gloria a Ti, Señor Altísimo. *Amén.*

Prefacios propios

- ✠ El Día de Navidad y los siete días siguientes:

Porque nos diste a Jesucristo, Tu único Hijo, para que naciera por nosotros en un día como hoy. Él, por obra del Espíritu Santo, se hizo verdadero hombre de la sustancia de la Virgen María, Su madre, y lo hizo sin mancha de pecado, para limpiarnos de todo pecado. Por eso, con los ángeles y los arcángeles...

- ✠ El Día de Pascua y los siete días siguientes:

Pero sobre todo es nuestro deber alabarte por la gloriosa resurrección de Tu Hijo Jesucristo nuestro Señor. Porque Él es el verdadero Cordero pascual, que fue ofrecido por nosotros y ha quitado el pecado del mundo; que por Su muerte destruyó la muerte, y por Su resurrección nos ha devuelto la vida eterna. Por eso, con los ángeles y los arcángeles...

- ✠ El Día de la Ascensión y los siete días siguientes:

Te damos gracias por medio de Tu amado Hijo Jesucristo nuestro Señor, que después de Su gloriosa resurrección se apareció abiertamente a todos Sus apóstoles. A la vista de ellos subió al cielo para prepararnos un lugar, para que también nosotros subamos adonde Él está y reinemos con Él en gloria. Por eso, con los ángeles y los arcángeles...

- ✠ Pentecostés y los seis días siguientes:

Te damos gracias por medio de Jesucristo nuestro Señor. Según Su promesa fiel, el Espíritu Santo bajó del cielo en un día como hoy, con un gran estruendo repentino, como de un viento fuerte, y en forma de lenguas de fuego. Se posó sobre los apóstoles para enseñarles y guiarlos a toda la verdad. Les dio el don de diversas lenguas, y también valor para predicar

el Evangelio a todas las naciones con constancia y ardiente celo. Así hemos sido sacados de las tinieblas y del error a la clara luz y al verdadero conocimiento de Ti y de Tu Hijo Jesucristo. Por eso, con los ángeles y los arcángeles...

✠ Solo el Domingo de la Trinidad:

Tú eres un solo Dios, un solo Señor; no una sola persona, sino tres personas en una sola sustancia. Porque lo que creemos de la gloria del Padre, eso mismo creemos del Hijo y del Espíritu Santo, sin ninguna diferencia ni desigualdad. Por eso, con los ángeles y los arcángeles...

✠ Después de cada Prefacio, se canta o se dice enseguida:

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, y con toda la multitud del cielo, celebramos y engrandecemos Tu glorioso nombre, alabándote siempre y diciendo: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos; el cielo y la tierra están llenos de Tu gloria. Gloria a Ti, Señor Altísimo. *Amén.*

✠ El Presbítero, de rodillas ante la mesa del Señor, dice esta oración en nombre de todos los que van a comulgar:

Señor misericordioso, no nos atrevemos a acercarnos a Tu mesa confiando en nuestra propia justicia, sino en Tus muchas y grandes misericordias. No somos dignos ni de recoger las migajas debajo de Tu mesa. Pero Tú, Señor, eres el mismo, y lo propio de Ti es tener siempre misericordia. Concédenos, pues, Señor bondadoso, comer la carne de Tu amado Hijo Jesucristo y beber Su Sangre de modo que nuestros cuerpos pecadores queden limpios por Su Cuerpo, y nuestras almas lavadas por Su preciosa Sangre; y que permanezcamos siempre en Él, y Él en nosotros. *Amén.*

✠ El Presbítero, de pie ante la mesa, dispone el pan y el vino. Lo hace para poder partir el pan delante de la congregación y tomar la copa en sus manos con facilidad y decoro. Después dice la Oración de Consagración:

Dios todopoderoso, nuestro Padre celestial: por Tu tierna misericordia diste a Tu único Hijo Jesucristo para que sufriera la muerte en la cruz por nuestra redención. Allí, mediante la única oblación de Sí mismo, ofrecida una sola vez, Él hizo un sacrificio, oblación y satisfacción plenos, perfectos y

suficientes por los pecados del mundo entero. Y Él instituyó una memoria perpetua de esa preciosa muerte Suya, y en Su santo Evangelio nos mandó mantenerla hasta que vuelva.

Escúchanos, Padre misericordioso, te lo pedimos con toda humildad. Concede que, al recibir este pan y este vino, dones Tuyos, según la santa institución de Tu Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, en memoria de Su muerte y pasión, seamos partícipes de Su bendito Cuerpo y Sangre. Cristo, nuestro Salvador, la noche en que fue entregado, (a) tomó pan, y después de dar gracias, (b) *lo* partió, y dándoselo a los discípulos, dijo: «Tomen, coman; (c) esto es Mi cuerpo que por ustedes es dado; hagan esto en memoria de Mí». De la misma manera (d) *tomó* la copa después de haber cenado, y habiendo dado gracias, se *la* dio, diciendo: «Beban todos de ella; porque (e) esto es Mi sangre del nuevo pacto, que es derramada por ustedes y por muchos para el perdón de los pecados; hagan esto cuantas veces *la* beban en memoria de Mí». *Amén.*⁶

¶ El Ministro comulga primero él mismo, en las dos especies. Después da la comunión de la misma manera a los Obispos, Presbíteros y Diáconos, si hay alguno presente. Luego la da a la congregación, por orden y en la mano; todos están de rodillas con humildad. Al dar el pan a cada uno, dice:

El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que fue entregado por ti, guarde tu cuerpo y tu alma para la vida eterna. Toma y come esto en memoria de que Cristo murió por ti, y aliméntate de Él en tu corazón por la fe, con acción de gracias.

¶ El Ministro que da la copa dice a cada uno:

La Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que fue derramada por ti, guarde tu cuerpo y tu alma para la vida eterna. Bebe esto en memoria de que la Sangre de Cristo fue derramada por ti, y da gracias.

¶ Si se acaba el pan o el vino consagrado antes de que todos hayan comulgado, el Presbítero consagra más según la forma ya prescri-

⁶Actos manuales del Presbítero. Las letras (a)-(e) de la oración señalan el momento de cada acto: a. Toma la patena en las manos. b. Parte el pan. c. Pone la mano sobre todo el pan. d. Toma la copa en la mano. e. Pone la mano sobre cada vaso —sea cáliz o jarra— en que haya vino que consagrar.

ta. Para bendecir el pan, empieza en «Cristo, nuestro Salvador, la noche en que fue entregado...»; para bendecir la copa, en «De la misma manera...».

- ¶ Cuando todos han comulgado, el Ministro vuelve a la mesa del Señor y pone sobre ella con reverencia lo que queda de los elementos consagrados. Lo cubre con un paño de lino limpio.
- ¶ El Presbítero dice el Padrenuestro, y la congregación repite cada petición después de él.

Padre nuestro que estás en los cielos,
Santificado sea Tu nombre.
Venga Tu reino.
Hágase Tu voluntad,
Así en la tierra como en el cielo.
Danos hoy el pan nuestro de cada día.
Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros
hemos perdonado a nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del mal.
Porque Tuyo es el reino y el poder y la gloria para
siempre. Amén.

- ¶ Después se dice:

Señor y Padre celestial: nosotros, humildes ante Ti, deseamos de todo corazón que en Tu bondad de Padre aceptes con misericordia este sacrificio de alabanza y acción de gracias que te ofrecemos. Te pedimos con toda humildad que, por los méritos y la muerte de Tu Hijo Jesucristo y por la fe en Su Sangre, nosotros y toda Tu Iglesia obtengamos el perdón de nuestros pecados y todos los demás beneficios de Su pasión.

Y aquí, Señor, nos ofrecemos y presentamos a Ti, en alma y cuerpo, como sacrificio racional, santo y vivo. Te pedimos también con humildad que todos los que participamos de esta santa comunión seamos llenos de Tu gracia y de Tu bendición celestial. Y aunque, por nuestros muchos pecados, somos indignos de ofrecerte sacrificio alguno, acepta este servicio que te debemos, sin tener en cuenta nuestros méritos, sino perdonando nuestras ofensas; por Jesucristo nuestro Señor, por quien y con quien, en la unidad del Espíritu Santo, sea todo honor y gloria a Ti, Padre todopoderoso, por los siglos de los siglos. *Amén.*

✠ O esta oración:

Dios todopoderoso y eterno, te damos gracias de todo corazón porque a nosotros, que hemos recibido debidamente estos santos misterios, nos das el alimento espiritual del precioso Cuerpo y Sangre de Tu Hijo, nuestro Salvador Jesucristo. Con ello nos aseguras Tu favor y Tu bondad hacia nosotros. Nos aseguras también que somos de verdad miembros incorporados al Cuerpo místico de Tu Hijo, que es la bendita compañía de todos los fieles. Y nos das la certeza de ser, por la esperanza, herederos de Tu reino eterno, por los méritos de la preciosa muerte y pasión de Tu amado Hijo. Padre celestial, te pedimos con toda humildad que nos ayudes con Tu gracia, para que permanezcamos en esa santa compañía y hagamos todas las buenas obras que preparaste para que anduviéramos en ellas; por Jesucristo nuestro Señor, a quien, contigo y con el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria por los siglos de los siglos. *Amén.*

✠ Se dice o se canta:

Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra paz, buena voluntad hacia los hombres.
Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias por Tu gran gloria,
Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo unigénito, Jesucristo;
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, que quitas los
pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.
Tú que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de
nosotros.
Tú que quitas los pecados del mundo, recibe nuestra
oración.
Tú que estás sentado a la diestra de Dios Padre, ten
misericordia de nosotros.
Porque solo Tú eres santo;
solo Tú eres el Señor;
solo Tú, Cristo, con el Espíritu Santo,
eres el Altísimo
en la gloria de Dios Padre.
Amén.

- ¶ El Presbítero (o el Obispo, si está presente) despide a la congregación con esta bendición:

La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde sus corazones y sus mentes en el conocimiento y el amor de Dios y de Su Hijo Jesucristo nuestro Señor; y la bendición de Dios todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, esté entre ustedes y permanezca con ustedes siempre. *Amén.*

- ¶ Colectas para después del ofertorio en los días sin comunión. Se dicen una o más cada uno de esos días. También pueden decirse, a juicio del Ministro y cuando haya ocasión, después de las Colectas de la Oración Matutina o Vespertina, de la Comunión o de la Letanía.

Señor, atiende con misericordia nuestras súplicas y oraciones, y guía nuestro camino hacia la salvación eterna. Que entre todos los cambios y azares de esta vida mortal nos defienda siempre Tu ayuda bondadosa y pronta; por Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

Señor todopoderoso y Dios eterno, te pedimos que dirijas, santifiques y gobiernes nuestros corazones y nuestros cuerpos en los caminos de Tus leyes y en el cumplimiento de Tus mandamientos, para que Tu poderosa protección nos guarde en cuerpo y alma, en esta vida y para siempre; por nuestro Señor y Salvador Jesucristo. *Amén.*

Dios todopoderoso, te pedimos que las palabras que hoy hemos escuchado con los oídos del cuerpo queden, por Tu gracia, implantadas en lo profundo de nuestro corazón. Que den así en nosotros el fruto de una vida buena, para honra y alabanza de Tu nombre; por Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

Señor, ve delante de nosotros con Tu favor bondadoso en todo lo que hacemos, y haznos avanzar con Tu ayuda continua. Que todo lo que hagamos lo comencemos, lo sigamos y lo acabemos en Ti, y que así glorifiquemos Tu santo nombre y al fin, por Tu misericordia, alcancemos la vida eterna; por Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

Dios todopoderoso, fuente de toda sabiduría, que conoces nuestras necesidades antes de que pidamos, y nuestra ignorancia al pedir: ten compasión de nuestras debilidades. Y lo que por nuestra indignidad no nos atrevemos a pedir, y por

nuestra ceguera no podemos pedir, dánoslo por los méritos de Tu Hijo Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

Dios todopoderoso, que has prometido escuchar las peticiones de los que piden en el nombre de Tu Hijo: inclina con misericordia Tus oídos hacia nosotros, que ahora te hemos dirigido nuestras oraciones y súplicas. Y concede que lo que te hemos pedido con fe, según Tu voluntad, lo obtengamos de verdad, para alivio de nuestra necesidad y para que se manifieste Tu gloria; por Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

- ¶ Los domingos y demás días de fiesta, si no hay comunión, se dice todo lo mandado en la Comunión hasta el final de la oración general «Por toda la Iglesia de Cristo militante aquí en la tierra». Se añaden una o más de las Colectas anteriores y se termina con la bendición.
- ¶ No se celebra la Cena del Señor si no hay, a juicio del Presbítero, un número conveniente de personas que comulguen con él.
- ¶ Si en la parroquia no hay más de veinte personas con discernimiento para comulgar, no hay comunión a menos que comulguen con el Presbítero cuatro, o al menos tres.
- ¶ En las catedrales, iglesias colegiadas y colegios universitarios con muchos Presbíteros y Diáconos, todos ellos reciben la comunión por lo menos cada domingo con el Presbítero que celebra. Se exceptúa el que tenga una causa razonable para no hacerlo.
- ¶ Para quitar todo motivo de discordia y de superstición sobre el pan y el vino, basta con que el pan sea el de uso común. Pero ha de ser el mejor y más puro pan de trigo que se pueda conseguir.
- ¶ Si sobra pan o vino sin consagrar, queda para uso del Ministro. Pero lo consagrado que sobre no se saca de la iglesia. El Presbítero y los comulgantes que él llame lo comen y lo beben con reverencia inmediatamente después de la bendición.
- ¶ El Ministro y los Guardianes de la Iglesia proveen el pan y el vino para la comunión, a costa de la parroquia.
- ¶ Todo feligrés debe comulgar por lo menos tres veces al año, y una de ellas en Pascua. Cada año, en Pascua, debe hacer cuentas con el Párroco, Vicario o Ministro, o con los delegados de estos. Y debe pagarles los derechos eclesiásticos que por costumbre se deben en ese tiempo.

- ¶ Terminado el oficio, el dinero del ofertorio se destina a los usos piadosos y caritativos que el Ministro y los Guardianes de la Iglesia juzguen convenientes. Si no se ponen de acuerdo, decide el Ordinario.
- ¶ Este oficio manda que los comulgantes reciban de rodillas la Cena del Señor. Esta disposición tiene buena intención: es señal de nuestro reconocimiento humilde y agradecido de los beneficios de Cristo que en ella se dan a todos los que la reciben dignamente. Y sirve también para evitar la profanación y el desorden que, de otro modo, podrían producirse en la santa comunión. Sin embargo, alguien podría malinterpretar o tergiversar ese gesto de arrodillarse, sea por ignorancia y debilidad, sea por malicia y obstinación. Por eso, aquí se declara que con ello no se pretende ni se debe rendir adoración alguna al pan ni al vino sacramentales que allí se reciben corporalmente. Tampoco a ninguna presencia corporal de la Carne y la Sangre naturales de Cristo. Porque el pan y el vino sacramentales permanecen todavía en sus mismas sustancias naturales, y por eso no deben ser adorados. Eso sería idolatría, que todos los cristianos fieles deben aborrecer. Y el Cuerpo y la Sangre naturales de Cristo, nuestro Salvador, están en el cielo, y no aquí. Porque estar a la vez en más de un lugar va contra la verdad del Cuerpo natural de Cristo.